



HARAVI

Año V

Lima, julio de 1968

Nº 12

Director: Francisco Carrillo — Bolivia 174 — Chosica-Perú.

POESIA DE AUGUSTO TAMAYO VARGAS

aparición

Te siento de golfo abierto,
tierra y piedra en piel, tras cerrado aire.
Sombra que va de un paralelo a un meridiano
en pliegues de mi almohada humedecida,
de meridiano ¡ay! a línea y punto solo.
Carbón en luz de río,
en alba de lima tierna.
Periplo turbio,
te entiendo claro yo mirándome en el pecho.
Telegrama de guijarro de costa inhabitada
a castillo de arena,
desde el agua que canta
hasta el agua que encerrada sueña.
Has cubierto las cumbres
con águilas inciertas;
los inmensos caudales que fluyen a torrentes,
con alcanfor y orquídeas;
los volcanes dormidos
y el brochazo siniestro de la selva
con un solo girar de tu espacio escondido.
He venido, has llegado,
estás quieta y estás móvil
en mis manos y en la abierta rendija de la tarde,
desde el mar que es de paz hasta un gigante océano,
desde un nido de grises
a la luz hecha río.
No. Pulpa oscura inundada de imágenes.



basta una hoja

Una hoja;
basta una hoja de dorado pelo.
El mar al frente:
pequeño y grande en dos esferas
de ojo a inmensidad.
No les dije, sobre un minuto solo,
como si el tiempo fuera suave caricia
a la distancia.
Aquí, ahora.
sentado en el sillón,
a donde sopla su color el cielo,
de la playa al ayer,
de hoy a la eterna sonrisa del quién sabe,
viene hacia mí
la hoja de dorado pelo,
el mar iluminado en ojo y magnitud.
Y canta, entonces, la escondida alacena de mi ser.

pedra

Hay un camino de árboles
un mar al fondo,
pero tan sólo miro
el pequeño guijarro
hecho de siglos
que tantas manos apretaron.

hacia

A Mario Ciudad

La faz a...

El rostro tendido hacia delante.

Las manos esperando los sauces
y un mar de hierba y agua.

El rostro hacia delante,

hacia los sauces,

hacia los molles altos,

hacia el barco que sale en ese instante,

hacia la mar de hierba nublada ante los ojos.

Todo está por conquistarse.

Ni un solo minuto en ser así.

Nunca hacia atrás.

Nunca fijado el pensamiento en un momento.

La faz a... Y la razón a...

Y el cuerpo que se inclina como arco tendido al horizonte.

Hacia qué?

Hacia dónde?

La flecha está recorriendo su camino.

No sabemos sino que siempre está ese sauce, la playa, el mar, la hierba;
la aventura ignorada;

el encontrarse al fin sin hacia, sin rostro, sin memoria.

Pero mientras vivamos: la faz al frente,

la razón al frente,

el corazón latiendo hacia delante.

Y mañana y pasado: la faz a... Y todos los hombres caminando.

Millones de hombres caminan y caminan

hacia delante,

hacia los sauces,

hacia los molles,

hacia los barcos,

hacia la hierba alta,

hacia el mar.

Todos los hombres caminando.

Sólo la mujer de Lot, con vuelta hacia la espalda,

hecha sal, hecha tierra,

fijada en el no ser de su imprudencia.

Y la voz de los tiempos que nos dice:

el rostro como proa hacia delante.

La faz a...

Y todos los hombres y mujeres,

por los siglos de los siglos,

caminando.

para luchar contra la soledad

Yo toqué la tierra y la llevé a mi boca.
Luego introduje el retrato de mi madre
varios metros abajo.
Se abría el cielo por delante.
A hombros fue llevado el desmonte
y en el cortejo asomaron las lanzas
en las grupas de los caballos de barro.
Había muy limitados horizontes
para los cirujanos que entreabrieron las zanjas
como los surcos de las palmas de las manos,
donde viejas siniestras diagnostican la vida.
Vino entonces el cemento caliente
desde extraños vulcanos
para la nueva primavera hecha de estopa, sudor y pala.
Crecía, crecía la imagen desnuda, virgen,
con tejido de ladrillo desgajado,
con maderas cubiertas de arena mojada,
con huesos hechos a la medida del deseo,
y temblando los alambres hundidos en la carne.

¡Blanco, blanco, blanco! — gritaron los pintores.
Y el verde de las hierbas era oscuro en el fondo.
Los vidrios parpadeaban en la noche,
el frío de las losetas se calentaba al sol cada mañana
y el tiempo se posaba en los goznes. En cada gozne.
Piedra, sí, piedra del corazón parado aún, antes de caminar,
colmó todo lo ancho.
Y las manos cruzaron sobre la tierra,
sobre el parquet, de pino colorado,
sobre las lajas balbucentes,
sobre las flores,
sobre los encofrados,
sobre los dinteles,
sobre los callosos dedos de los albañiles,
sobre la cerámica de los sanitarios,
sobre los humillados zócalos escondidos,
sobre las esquinas de fierro y agua,
gritando palabras de abrigo, de compañía, de pan, de eternidad
jugada a doble cubilete de dados.

Yo sentí al artífice construyendo el espacio.
Yo fui Ulises trabajando apretados los dibujos azules;
y también el ingeniero suspendido en mis cimas.
Yo, Obregón, conductor de cemento

traído al alba desde el valle adentro.
Yo, Llerena, conductor de la piedra chancada.
Yo, Andrade, fabricante de ensueños de aluminio y de fierro.
Yo, Andrés Herrera, Manuel Quispe, Isaac Zegarram
vaciando mi alma en el ladrillo, sobre andamios borrachos,
con el cordel tendido en mi cantar,
guitarra de ocho horas.
Muchos Simón Oré sangrantes, con cristales de arcilla entre las
[yemas.

Yo alineador de tablas anidadas,
con ternura caliente.
Puse mi línea entre la realidad y el infinito,
yo, Zenón Flores, forjador de los techos;
y puse las arterias del agua y del vino,
yo, Víctor Sandoval, gasfitero de oficio.
Vigilé los recuerdos y las llaves,
yo, Abraham López, cuidador de ganado en los Andes
y adorador de la garúa en la costa
con micasulla de bayeta
y la estola de tocuyo embarrado.
Manuel Rodríguez, yo, brocha, final, color, arte desnudo en pared
[pura, como de estrofa.

Yo estaba en cada brazo de los cuartos,
en los perfiles de las puertas;
yo, en cada rama de los árboles crecidos
a riego de bandadas de gorriones,
con aídas raíces,
cecilias ramas,
las flores lilian,
augustos troncos de corteza nueva.
Yo en cada zapatear de los martillos,
en la sirena de las mezcladoras,
en la divina harina negra de los pisos,
en el calor dormido de las vigas,
en el sonar del cobre entre las venas,
en el aire auroral de las ventanas,
en las rosadas piedras plantadas con cariño,
en los cactus crecidos a manera de palmas sobre el atardecer de la
[fachada.

Las sombras se acurrucaron al fuego del hogar en cada silla.
Y cuando el flamboyant tendió su arco
cual los brazos abiertos,
yo le tendí los míos
a fuér de agradecido.

anclaje en varios óleos

Yo temo que mi vida es media vida.

Y aun tan así la quiero.

Intensamente.

Ella está de mi parte

aunque lo niegue hiriéndome por doquier;

fregándome contra el barro. Oscureciéndome por dentro.

(Acaso no se rompió un puente entre dos autos

y estuvimos hablando tan a solas con ella, cuántas veces, hasta la
[madrugada)

(Caravaggio limpiaba entonces la ceniza
en un trajín de siglos).

La soledad que tengo está fluyendo
para mí.

Para mí solo.

Es simple soledad de muy adentro.

Y no tiene que ver con la alegría del transcurrir.

Doliente, dolorosa alegría del trascurrir.

(Miguel Angel se puso a pintar de noche
los techos de la casa).

Quiero todas las cosas.

Amo lo que ama con su luz.

La risa de mi casa.

Las hojas del jardín.

La mesa recta que pudo ser oval.

(Tiziano está en el Arco y el Greco sobre el Tajo.

Los ríos no se encuentran).

Voces de hoy.

Las que vendrán detrás

cuando se apague la sonrisa perenne del retrato,

más allá de mis libros y mis hijos.

Mi esposa, mis hijos y mis nietos

balbucearán mi nombre

o quién sabe qué otro.

(El mar está más lejos que todos los abstractos).

Quiero la vida. Sí.

A pesar suyo.

A pesar mío.

Y aun sintiendo —y asquéandome— los crímenes

en el dolor constante de mis órganos.

(Velásquez se asolea en la pared.

A cada rato).

acaso si amanece

Atrás, el rayo.
Atrás, crustáceos de la muerte.
Atrás, el átomo partido por la ciencia.
Atrás, el hidrógeno encerrado
en su caja de garabatos inútiles. De tarde,
la caja con toda suerte de sorpresas.

Amanecer de estrellas colmadas de habitantes
en un campo de voz desconocida
de huertas humedecidas por los orines de los bueyes.

nunca la tarde

Nunca la tarde.
Amanecer por siempre.
La noche sí;
para el final, el despertar.
Amanecer en uno;
en el árbol del frente de la casa;
en el hijo;
en el nieto, que viene de arribada.

La tarde, jamás.
De noche al alba
en un correr de despertares,
con plena humanidad a cuestas.

Amanecer por siempre.
La noche sí;
y, luego, el nuevo día.

Es menester afirmarlo desde un comienzo: Augusto Tamayo Vargas es radical y fundamentalmente un poeta. Su labor como investigador de nuestra literatura, sus esfuerzos como indagador de nuestra más entrañable esencia, su entusiasmo indeclinable para las letras y su generosidad para con los jóvenes escritores, han contribuido —¡qué duda cabe de ello!— para desdibujar su perfil rotundo de creador. Desde su primigenio "Ingreso lírico a la geografía" —que es de 1939— hasta "Nuevamente Poesía", publicado por Losada en 1965, asistimos los amantes de la palabra poética a un paciente, permanente y triunfal ahondar en el ser íntimo del hombre. Pocas voces como las de Tamayo Vargas transmiten un entusiasmo tan viril por la vida. Aragón ha dicho que la vocación de canto es lo que mejor define y caracteriza al poeta de raza. En Tamayo Vargas se alían la intensidad y la emoción; su voz —ya cante la urdimbre familiar y cotidiana de nuestra vida, ya celebre la gesta de los pueblos, como en la "Cantata augural a Simón Bolívar", ya participe, y haga participar, en la delirante macumba brasileña— se eleva nítida y vigorosa, sobrecogida por un temblor existencial de autenticidad innegable. En sus últimos poemas, los mismos que conforman su libro inédito "Arco": la respiración de sus versos se hace más amplia, el poeta —con palabra sencilla y transida— toca el meollo mismo de la vida. Todas las virtudes de la poesía de Tamayo Vargas, purificadas y acrecidas, son perceptibles en estas líneas. Podríamos decir de ellas lo que un crítico francés dictaminó sobre la música sublime de Sidney Bechet: "Es una palpitación en alta frecuencia". ¡Nunca latió con más fuerza este corazón! Su voz embargada por el entusiasmo y la sabiduría que prestan los años a los elegidos, produce la trasmutación mágica que nunca ha dejado de producir la poesía digna de tal nombre: convertir el hierro material en oro purísimo, fecundo y trastornador. Desde la cima de su edad el poeta proyecta su mirada cordial hacia lo que incesantemente teje y desteje nuestro destino. Su mensaje fraternal contra la muerte, por la paz entre los hombres, por la dicha de los pueblos, alcanza en los últimos poemas de Tamayo Vargas la categoría de una asunción meditada del humanismo. La poesía de Tamayo Vargas es un humanismo cantado. Lejos del esteticismo estéril, del torturador subjetivismo, del inocuo purismo, Tamayo Vargas inserta su canto en la gran marea social de nuestro siglo. Ni torre de marfil ni plaza de asamblea demagógica, su poesía encuentra el difícil equilibrio de la "serenidad crispada", de que habló René Char.

Sus versos transcurren como un tiempo sin sombra.

Francisco Bendezú